



 **realidad
económica**

Nº 341 • AÑO 51

1º de julio de abril al 15 de agosto de 2021

ISSN 0325-1926

Páginas 67 a 112

DEBATE HISTÓRICO

Explicaciones a la inestabilidad crónica argentina: desbalances económicos, conflictos sociopolíticos y disputas representacionales

Julián Zícari*

* Licenciado en Psicología, Historia, Economía y Filosofía de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y magíster en Historia Económica. Doctor en Ciencias Sociales. Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Docente en la Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV), General Arenales 320 (B1870CSH), Buenos Aires, Argentina. sanlofas@hotmail.com

RECEPCIÓN DEL ARTÍCULO: marzo de 2021

ACEPTACIÓN: junio de 2021



Resumen

El trabajo busca sistematizar críticamente las interpretaciones que se han propuesto para entender la inestabilidad argentina. En total se han identificado doce marcos explicativos, en los cuales se hace mención a variados factores y esquemas, divididos entre grandes campos disciplinares. Así, se repasarán tres explicaciones centradas en los desbalances económicos, cuatro en los conflictos sociopolíticos y las cinco finales en vistas a las disputas culturales y representacionales. Al final del trabajo se ofrecerán algunas reflexiones a modo de balance crítico.

Palabras clave: Inestabilidad - Argentina - Conflictos - Desequilibrios

Abstract

Explanations to Argentina's chronic instability. Economic imbalances, socio-political conflicts and representational disputes

The work seeks to critically systematize the interpretations that have been proposed to understand Argentine instability. In total, twelve explanatory frameworks have been identified, in which mention is made of various factors and schemes, divided between large disciplinary fields. Thus, three explanations focused on economic imbalances, four on socio-political conflicts and the final five in view of cultural and representational disputes will be reviewed. At the end of the work some reflections will be offered as a critical balance.

Keywords: Instability - Argentina - Conflicts - Imbalances

Introducción: un problema estructural elusivo

Existe un viejo dicho en la Argentina que dice que, si uno se desconecta de la realidad del país durante veinte días, cuando sucede la reconexión todo cambió, pero en cambio si uno se desentiende del país durante veinte años, al volver todo sigue igual. En esta suerte de chiste o proverbio parecen combinarse dos elementos supuestamente antagónicos: los cambios abruptos y la permanencia de ellos como marcas de la sociedad argentina. Y la respuesta frente a esto parece ser clara: nuestro país es sumamente inestable.

En efecto, prácticamente desde su nacimiento la Argentina se encontró con conflictos estructurales e inestabilidades crónicas, que a lo largo del siglo XIX fueron mutando rápidamente de forma. El primer cabildo abierto inauguró un clivaje en torno al apoyo y rechazo de la Revolución de Mayo, aunque esto velozmente se trastocó en la lucha o combate por la independencia, para luego, todavía más rápido, trazarse el conflicto central argentino entre unitarios y federales, responsable de las guerras civiles en todo el territorio. Aunque para muchos autores gran parte de la clave explicativa de siglo XIX argentino, e incluso una buena parte del siglo XX, estaría dada por la confrontación pregonada por Domingo Faustino Sarmiento entre “civilización y barbarie” como motivo central de los antagonismos de la vida nacional (Svampa, 1994). No obstante, como veremos, a partir de la crisis terminal del modelo agroexportador en 1930 y más firmemente desde la Segunda Guerra Mundial, las líneas maestras para entender la inestabilidad estructural argentina tendieron a desvanecerse sin lograr que ninguna clave se volviera dominante.

En este sentido, si las premisas para pensar los desgarramientos internos del país mirados hacia atrás en el siglo XIX y primera mitad del siglo XX pudieron tener fórmulas canónicas para explicar sus diversas etapas y querellas, no resulta lo mismo con respecto al período posterior. Más bien, cuando se buscan establecer

las premisas básicas para explicar los conflictos y los antagonismos de la vida nacional lo que muchas veces abundan son las perplejidades, cuando no un estruendoso silencio para pensar y diagramar las recurrentes inestabilidades del país. Paradójicamente, la Argentina parece haberse embarcado obstinadamente en el caos como regla societaria, lo que le impediría tener una proyección de orden social, político o económico de largo plazo.

A pesar de la importancia del tema, lo llamativo es que muchas veces no han existido interpretaciones o marcas básicas para explicar o reconstruir los puntos que motorizan la desorganización estructural: las causas para dar cuenta de los movimientos imprevisibles y las secuencias que le impedirían al país sostenerse sin quiebres muchas veces no han sido formuladas. Preguntas sobre cuándo, cómo y por qué la Argentina parece embarcarse en proyectos inviables, sufre tantas crisis de manera periódica o existen los choques internos desgarradores deberían proliferar, con el fin de explicar los desarreglos profundos de largo plazo y que desbordan en problemas de todo tipo.

No obstante esto, por más que las claves para pensar la eterna disrupción argentina puedan aún sostenerse como una incógnita e incluso como la ausencia de la pregunta sobre ello, debemos también decir que varios autores, afortunadamente, se han esforzado por explicar y sentar algunas premisas para entender el aparente desorden nacional y reconstruir las lógicas que operan en las constantes turbulencias que nos invaden.

En efecto, el conflicto y la transformación son componentes centrales de la vida social y una fuente de la organización de ella. La lucha de clases, las resistencias entre dominadores y dominados, o las tensiones entre grupos son elementos constitutivos de lo social: ninguna sociedad permanece igual a sí misma, sino que todas cambian, se transforman y expresan sus tensiones internas de distintos modos. Incluso, muchas tradiciones de pensamiento permiten inteligir los ordenamientos sociales y políticos a partir de dichos enfrentamientos y oposiciones: Carl Schmitt sostiene que el concepto de lo político es la diferencia entre amigo/enemigo, Karl Marx ubica a la lucha de clases como motor de la historia, la política moderna nació con la pregunta hobbesiana sobre cómo contener el orden frente al caos

contraponiendo la guerra civil a la estatalidad, mientras que Michael Foucault detectó la micropolítica que se teje entre mecanismos disciplinarios de poder y sus resistencias. Aunque, por supuesto, existen muchos más esquemas explicativos de este tipo.

Lo importante es destacar la existencia de diversas premisas y alternativas para pensar la beligerancia interna de los pueblos y sus procesos de cambio sin ser esto una novedad ni tampoco una pregunta específica del caso argentino. Porque no existe sociedad alguna sin tensiones ni problemas, sino que todas las poseen: todas ellas se desequilibran y reequilibran incesantemente. Pero en todo caso y de todos modos, lo interesante es revisar cuáles fueron las diferentes teorías o formas de entender los determinantes centrales de la inestabilidad recurrente de nuestro país. Para ello este artículo buscará repasar doce teorías diferentes y alternativas sobre el tema, en las que se ha buscado dar cuenta de las disrupciones y cambios abruptos existentes a lo largo de nuestra historia. De este modo, el aparente caos e inestabilidad del país, según los diversos abordajes que veremos, permitirá identificar algunos invariantes de largo plazo con los cuales hacer inteligibles los cambios abruptos y la imprevisibilidad.

Como se ha mencionado, la mayoría de las teorías ubican el nacimiento de las fuentes de perturbación argentina desde la primera mitad del siglo XX (generalmente, desde la crisis de 1930 o la Segunda Guerra Mundial). Las matrices o esquemas explicativos que expondremos estarán organizados en tres grandes campos disciplinares distintos. Aunque, como se verá, dichos campos tienen igualmente muchas superficies de contacto entre sí, por lo que la delimitación entre uno y otro respondió más bien a cuestiones de facilidad expositiva que a otra cosa. El primer grupo de explicaciones a presentar estará centrado en los desbalances económicos, donde ubicaremos tres teorías. El segundo gran campo tendrá cuatro referentes y sus explicaciones estarán estructuradas en torno a los conflictos sociopolíticos. Mientras que el tercer gran campo tendrá los últimos cinco abordajes, articulados en función de las disputas representacionales. De este modo, revisando críticamente las diversas vertientes sobre las cuales se buscó entender y diagramar las dificultades internas del país, tal vez sea posible pensar herramientas para de-

satar los nudos que estructuran dichos problemas y así, al menos, aspirar a tener un país menos inestable en el futuro.

Las explicaciones centradas en los desbalances económicos

La mejor manera de comenzar el recorrido por las explicaciones de la inestabilidad estructural del país es darles prioridad a los primeros autores que lograron identificarla, y fueron particularmente los profesionales de la economía los que antes que nadie se volcaron a observar esto. En efecto, apenas finalizada la Segunda Guerra Mundial, fue el economista argentino Raúl Prebisch (1949) quien sentó las bases del estructuralismo latinoamericano al señalar que el mundo se estructuraba en torno a los países centrales y los periféricos. Así, mientras los primeros se habían dedicado a producir bienes industriales, los segundos se especializaron en la producción de bienes primarios, los cuales secularmente atravesaban una tendencia a perder su valor en el intercambio y los hacían sufrir todo tipo de problemas y vulnerabilidades. Por ello Prebisch, fundador de la Comisión Económica para América Latina (Cepal), comenzó a alentar a los países de la región para que se embarcaran en un decidido proceso industrializador.

Las premisas de Prebisch y su esquema de centro-periferia en poco tiempo comenzarían a expandirse en el subcontinente, dando lugar a nuevas teorías y corrientes de pensamiento como el desarrollismo o a las diversas variantes del dependientismo latinoamericano. Para el caso específicamente argentino, tal vez haya sido Javier Villanueva (1964) el primero en marcar los límites estructurales del proceso industrial local, el cual fue profundizado y complementado con el trabajo de Eprime Eshag y Rosemary Thorp de 1965 (publicado en castellano en 1969), en el que comenzaron a señalarse varios problemas que convertían al desarrollo industrial nacional en una anomalía con respecto a lo que debería suceder según lo postulado por la experiencia de los países centrales y sus manuales económicos. El punto más importante de los destacados se refería al rápido agotamiento de las divisas para poder mantener el proceso de crecimiento industrial, sumamente dependiente de las importaciones para subsistir. Además, este problema se hacía más agudo cuando se identificaba que las exportaciones del país estaban compuestas exclusivamente por bienes primarios, con una oferta rígida en el corto

plazo y poco sensible frente a los cambios de precios. Todo ello llevaba a la existencia de recurrentes cuellos de botella y ahogos externos que derivaban en devaluaciones, que no eran expansivas en lo inmediato –como se anticipaba en la teoría clásica– sino que además eran llamativamente contractivas y también inflacionarias. De este modo, la inflación local no podría ser explicada por fenómenos monetarios sino más bien por cuestiones cambiarias, que desataban caídas en la producción, el consumo y los salarios. En suma, existían anomalías estructurales que perfectamente explicaban las crisis e inestabilidades recurrentes, todas ellas hijas del sub-desarrollo productivo e industrial.

En poco tiempo todos estos problemas pudieron ser claramente identificados y ganaron una amplia popularidad gracias a la modelización clásica que produjeron Oscar Braun y Leonard Joy en 1968 (publicada en castellano en 1981) sobre lo que se conocería como ciclos de *stop and go*. Estos últimos se volvieron una clave indispensable para pensar y entender los límites del proceso económico local, sus recurrentes ahogos y colapsos, explicando muy bien por qué existía una inestabilidad sistémica y estructural antes que azarosa, con dos fases de funcionamiento: una expansiva o ascendente (donde crece el producto global motorizado por la industria pero al costo de demandar muchas importaciones, acompañado también de mejoras en los ingresos) y una fase recesiva o descendente (en la cual irrumpe el ahogo externo por falta de divisas, los saltos cambiarios correctivos, la inflación seguida de recesión, la licuación salarial como su consecuencia y el derrumbe absoluto del producto como saldo final). Estos planteos fueron complementados con aportes de Marcelo Diamand ligados a la Estructura Productiva Desequilibrada (1972; 1973) del país, en la que indefectiblemente existiría un “péndulo” (1985). Por su parte, Canitrot (1975) señaló también el desarreglo estructural entre producción y consumo existente en la Argentina, lo que a sus ojos también ayudaba a entender la inestabilidad crónica puesto que, además de ser económica, tenía consecuencias políticas.

En todo caso, aun las diversas variantes, matices y autores mencionados coincidían en un punto: existía una marcada restricción externa para el desarrollo económico argentino que era responsable de quebrar sistemáticamente la expansión industrial del país y, por ende, era la explicación estructural de los incesantes sa-

condiciones. En consecuencia, si no se la eliminaba sería imposible la estabilidad de largo plazo¹.

Ahora bien, del mismo modo en que es posible reconocerle el mérito a estas explicaciones sobre los problemas del país, ya que ellas se ajustan bastante bien a lo sucedido durante los años de la economía industrial (1930-1975), que fue el período que buscaron interpretar, su principal déficit (aún la impiadosa mirada que nos otorga el tiempo) es que varias de sus premisas no son extrapolables a lo que sucedió tiempo después: la Argentina abandonó en la década de 1970 el paradigma industrialista y de desarrollo basado en el mercado interno y sin embargo la inestabilidad continuó: los colapsos y la imprevisibilidad siguieron irrumpiendo aun cuando se observara un claro retroceso industrial. A ello, debería ser posible sumarse que muchas de las disrupciones posteriores ocurrieron ligadas a fenómenos financieros y de endeudamiento más que a cuestiones productivas. Con lo cual, su aporte explicativo parece acotado².

Por ello mismo vale la pena considerar una segunda explicación económica, centrada no tanto en los desequilibrios productivos estructurales sino más bien en las fracciones empresarias que dominan el escenario económico local. En efecto, una explicación alternativa y en parte complementaria a la anterior es la propugnada por Eduardo Basualdo (2006) en la que buscó explicar las diversas etapas, virajes y colapsos de la historia argentina. Dentro de su clave explicativa, este autor no reniega tanto de las exposiciones ligadas a los ciclos de *stop and go*, sino más bien a especificarlas en torno al comportamiento empresario. Como él mismo señala:

El problema radica en que [...] las firmas de origen local comprendían dos fracciones que no solamente eran diferentes entre sí, sino también contrapuestas desde el

¹ Se pueden encontrar diversos tipos de genealogías y variantes sobre estos puntos en Amico (2011), Fiszbein (2015) y Asiain y Gaité (2018).

² Las problemáticas con vistas a la restricción externa ligadas a los problemas del crecimiento industrial continuaron siendo estudiadas por diversos autores, buscando en los distintos casos complejizar la evolución posterior a la década de 1970. Algunos trabajos que vale la pena considerar sobre esto son los de Abeles, Lavarello y Montagu (2013), Santarcángelo y Perrone (2018) o Scheintgart (2016).

punto de vista estructural y de su comportamiento económico-social: la burguesía nacional y la oligarquía diversificada. (Basualdo, 2006, p. 77)

Según Basualdo, desde principios del siglo XX los sectores oligárquico-terratenientes del país habrían ido volcando parte de sus excedentes rurales a las actividades urbanas, entre ellos las manufacturas, por lo que fueron un actor central en el proceso de crecimiento industrial (2006, p. 92). No obstante, nunca dejaron de tener en el sector rural su principal fuente de ingresos y preocupación, algo que habría hecho que lentamente entraran en conflicto con los sectores netamente industriales, especialmente mercadointernistas –a los que llama “la burguesía nacional”–, que pasaron a pugnar por un modelo económico que priorizara la industria y pusiera coto a la renta diferencial de la tierra, que le permitía a ésta acumular ganancias extraordinarias (sobre todo a través de promover un impuesto potencial a la tierra ociosa o con la nacionalización del comercio exterior).

A su vez, esta creciente tensión se fue agudizando desde la década de 1950 cuando se sumó como tercer actor el capital extranjero. Aunque fue ya en la década de 1970 cuando las dinámicas de funcionamiento y de acumulación de cada fracción empresaria entraron en contradicción, sobre todo durante el último gobierno peronista. Fue allí cuando, siguiendo a Basualdo (2006):

la oligarquía diversificada ejerció la conducción del sector de clase en su conjunto, enfrentó a la alianza populista entre la clase trabajadora y la burguesía nacional y, al mismo tiempo, negoció con el capital extranjero tanto las reivindicaciones propias como las de la oligarquía en su conjunto. (p. 93)

Esta intervención terminaría desembocando en el último golpe de Estado, entendido como “una revancha oligárquica sin precedentes históricos en el país” (2006, p. 117), en el que la oligarquía diversificada se alió con el capital extranjero para poner fin al gobierno peronista, y que sería vital para entender la nueva lógica de funcionamiento económico que nacería de allí, ya no bajo una clave industrial – como hasta entonces– sino de valorización financiera. Es decir, una nueva lógica que le permitiría a ambas fracciones expandirse y acumular capitales a partir de los mecanismos de endeudamiento del Estado y la fuga de capitales.

Desde ese momento en adelante, el Estado quedaría capturado por los grandes grupos económicos locales, la banca trasnacional, la oligarquía diversificada y los organismos financieros internacionales. Las premisas neoliberales y de endeudamiento sistemático, bajo lógicas monetaristas y de tipo de cambio atrasado, serían las que continuarían explicando los colapsos recurrentes y que la inestabilidad permaneciera, pero ya no bajo los ciclos de *stop and go* o del desarrollo industrial, sino por los diversos ataques especulativos y el sobreendeudamiento. Es decir, como el nuevo rol del Estado sería conseguir las divisas para que el capital concentrado pudiera fugarlo, la inestabilidad se explicaría por sí misma: el endeudamiento no podría durar por siempre –amén que suele montarse en burbujas especulativas y vulnerables–, desataría periódicamente crisis y estallidos financieros y cambiarios, y además se toparía con la restricción recurrente de los cortes del financiamiento del exterior.

El planteo de Basualdo si bien tiene varios aciertos y permite explicar en líneas generales los problemas que estamos analizando, tiene también algunas limitaciones. Una de ellas es que no logra justificar por completo –tanto teórica como empíricamente– al que parece ser su actor central en la explicación, la *oligarquía diversificada*, además de que por momentos es muy mecanicista con respecto al comportamiento empresario y en otros se aproxima al conspiracionismo. Por otro lado, su caracterización del “capital extranjero” realmente es muy pobre: es difícil pensar que éste comenzó a ganar peso político en la década de 1950 como afirma (y no mucho antes, tal cual señalan otros autores) (Peña, 1986; Villanueva, 1972); además de que implica una caracterización demasiado amplia para esa categoría, la cual es muy heterogénea; todo esto sumado a que le asigna un comportamiento uniforme difícil de sostener. Por dar un ejemplo, sectores del capital extranjero ligados a las finanzas se vieron altamente beneficiados con el cambio de rumbo en los años 70, no obstante, otros se perjudicaron: con el achicamiento del mercado interno, la rebaja arancelaria y el fin de las políticas de promoción industrial, una importante automotriz norteamericana como *General Motors* (hasta entonces la insignia de las multinacionales y la empresa más grande del mundo), debió abandonar el país porque el cambio de reglas económicas dejó de favorecerla. Existen otros casos similares, los cuales dejan en claro la diversidad interna del capital extranjero que el planteo homogeneiza. Por último, el enfoque de Basualdo muchas

veces termina por extrapolar los fenómenos de fuga de capitales y de endeudamiento del Estado, efectivamente centrales para el período 1976-2001 y propios con la valorización financiera, como si hubieran aparecido con la misma fuerza en la era dorada del desarrollo industrial (1950-1975), momento en el que prácticamente no existían, lo cual implica una discontinuidad empírica que su abordaje no considera, y lo debilita entonces por ello.

En una clave explicativa muy distinta a las anteriores, pero sin duda original y que decidió de manera directa explicar la crónica inestabilidad argentina en el largo plazo, está el trabajo planteado primero por Pablo Gerchunoff y Martín Rapetti (2016) y luego por estos dos junto a Gonzalo de León (2020). En el primero de estos textos se dice: “En este artículo ofrecemos una interpretación del desempeño económico argentino en los 85 años que van de 1930 hasta 2015” para explicar los recurrentes vaivenes. Y luego señala: “Nuestro argumento sostiene que las inconsistencias entre las aspiraciones económicas arraigadas en la sociedad y las posibilidades productivas de la economía tienen un carácter estructural” (2016, p. 228). En efecto, para estos autores el problema del país radica en el conflicto distributivo estructural y tiene dos determinantes, que no son otros que dos tipos de cambio distintos. Por un lado, existirían las aspiraciones salariales de los trabajadores, que pueden satisfacerse con un tipo de cambio bajo, y que garantizaría la “paz social”. El otro, sería la posibilidad de su satisfacción material: existiría un tipo de cambio que permitiría hacer viable macroeconómicamente al país, que evitaría las crisis y los sobresaltos, pero que sería más alto y no aceptable socialmente. La brecha entre ambos tipos de cambio sería el nudo central del problema, en el cual el “modelo del conflicto distributivo estructural pueda pensarse como un caso particular de desequilibrio estructural en el que los trabajadores aspiran a un salario real mayor al que es consistente con el equilibrio macroeconómico” (2020, pp. 310-311). Los análisis y revisiones de las distintas etapas y experiencias históricas del país, entonces, gracias a este modelo permitirían explicar la “recurrencia de estos ciclos de expansión, desequilibrio y contracción” donde la “asombrosa insistencia del desequilibrio macroeconómico de Argentina puede explicarse, en cambio, como la manifestación de un conflicto distributivo subyacente” (2020, p. 314).

El esquema de nuestros autores, efectivamente, luce atractivo y es original, sobre todo porque permitiría explicar el último siglo argentino fácilmente solo con dos variables (los dos tipos de cambio) y encima se focaliza en un tema tan espeso y complejo como el conflicto distributivo. No obstante estos importantes aportes, este trabajo no deja de tener cuestionamientos. El primero y más obvio es que todo su planteo se basa en el más espantoso clasismo que inunda todo el planteo. Es decir, a pesar de que el trabajo busca apoyarse en gráficos y ecuaciones matemáticas aparentemente rigurosas, lo cierto es que la responsabilidad final en su esquema sobre la inestabilidad argentina es lisa y llanamente de las clases asalariadas por aspirar a tener mejoras distributivas que, según indican estos autores, están más allá de lo objetivamente posible. El resultado de ello es claro: por dichas demandas distributivas ocurre la perturbación del país y la ruptura de la sostenibilidad macroeconómica viable³. De este modo, lo que se presenta como rigurosidad científica en el fondo esconde una galopante ideologización cercana al pensamiento empresarial más liberal: deviene en una justificación sobre por qué no serían posibles las subas salariales. En este sentido, una pregunta posible de este esquema es, por ejemplo, por qué nuestros autores no invierten al actor responsable del conflicto económico: por qué la culpa es de las aspiraciones obreras y no de la avaricia empresarial. Es decir, por qué el nivel de las ganancias capitalistas sí es adecuado económicamente y no los salarios obreros. Además, podríamos preguntarnos si los trabajadores disputan el ingreso contra otras clases o lo hacen contra la “realidad que le impondría el tipo de cambio de equilibrio macroeconómico”. Sobre esto, no parece haber respuesta ni cuestionamiento alguno. De igual modo, tampoco intentan justificar por qué (en sus mecanismos o lógicas) las mejoras salariales, específicamente, producen una inviabilidad macroeconómica insuperable, lo cual debería ser una pieza central de toda la argumentación pero que jamás es explicada. Y lo peor de todo es que muchos tramos de la historia argentina parecen desmentir sus hipótesis medulares: el primer peronismo (1946-1955) tuvo mejoras salariales con equilibrio macroeconómico, salvo los años de crisis en que cayeron los precios externos y hubo sequías (1949-1952) (por lo cual, el desequilibrio se debió a otros

³ Debemos recordar, igualmente, que nuestros autores expresan como legítimas (e incluso necesarias) las aspiraciones salariales de los obreros. El problema, no obstante, es que, según su esquema analítico, éstas lucen como desmesuradas y fuera de todo criterio económico objetivo, por eso devienen un escollo para la viabilidad del país.

factores); las décadas de 1980 y 1990 sufrieron fuertes desbalances macroeconómicos pero con claras tendencias a la caída salarial (con lo que no se cumplieron ninguna de las aseveraciones planteadas); la primera década de siglo XXI, al contrario, tuvo equilibrio macro y subas en las remuneraciones. Incluso podríamos agregar como contraejemplo los años en que rigió el modelo agroexportador, pues allí el país se esforzó por tener tipos de cambio sistemáticamente altos pero a la vez logró tener una de las tasas salariales más altas del mundo, la cual permitió un gigantesco influjo inmigratorio que pobló esta nación.

De esta manera, más allá de la operación ideológica montada para señalar que el problema argentino son las pretensiones distributivas de los asalariados, lo que también es cierto es que su esquema adolece de otros importantes problemas empíricos a considerar. Uno de ellos es dejar de lado que la inviabilidad macroeconómica durante la era industrial (1930-1975) no se relacionó con los altos salarios, los problemas del gasto, el consumo o la falta de rentabilidad empresarial, ya que ninguno de estos elementos fue responsable de los constantes desbalances externos: las crisis no estuvieron relacionadas con el aumento de las importaciones de bienes de consumo, sino con los estrangulamientos de la balanza de pagos tal cual repasamos antes, por lo que el consumo de divisas fue para traer maquinarias, bienes de capital, combustibles o materias primas, pero no para consumo suntuario o esparcimiento. El desequilibrio externo durante la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) fue causado, entonces, por los atrasos productivos que los ciclos de *stop and go* tan bien resumían más que por cuestiones distributivas, en un tramo durante todo el cual la productividad creció. Por otra parte, increíblemente el trabajo deja de lado que desde mediados de la década de 1970, cuando se implantó el neoliberalismo en nuestro país, los desequilibrios macroeconómicos estuvieron explicados más por el inclemente pago de la deuda externa, la dolarización de carteras de la elite económica y la fuga de capitales que por las mejoras en los niveles de vida obreros. Es más, como han señalado varias investigaciones fue desde la última dictadura militar en adelante que hubo un quiebre distributivo muy profundo en nuestro país, por el cual los niveles de participación de las clases asalariadas en el ingreso nacional bajaron sensiblemente con respecto a la era de la ISI. Incluso cuando lograron recuperarse, como dijimos, fue durante los gobiernos kirchneristas y existió allí equilibrio macroeconómico (por lo menos hasta 2011).

Por todo esto, a pesar de que el esquema luce atractivo, sin solucionar todos los problemas señalados el planteo de Gerchunoff, Rapetti y De León termina por adolecer de dificultades difíciles de salvar.

Como vemos, en los tres planteos repasados hasta ahora, si bien focalizan en cuestiones económicas, igualmente se entremezclan cuestiones ligadas a las acciones de actores, disputas entre grupos y conflictos de poder. Lo cual nos permite, tal vez, pasar a abordajes que directamente se centren en ello.

Las explicaciones centradas en los conflictos sociopolíticos

Más allá de las formas de pensar la inestabilidad y las constantes perturbaciones argentinas a partir de los determinantes estructurales de la economía, han existido también una serie de enfoques diferentes centrados en los comportamientos de los actores sociales y políticos, los cuales vale la pena considerar puesto que ofrecen claves indispensables para entender las problemáticas de nuestra sociedad. Tratemos de recorrer cuatro de estos planteos.

Uno de los trabajos más destacados y conocidos al respecto fue el propuesto desde la sociología marxista, especialmente de raigambre gramsciana, por Juan Carlos Portantiero (1973; 1977). Nuestro autor presenta de manera clara el problema con vistas a la perpetua inestabilidad nacional. “Una imagen de sentido común preside este trabajo: la convicción generalizada acerca de la carencia, desde hace bastante tiempo, de un verdadero Orden Político en la Argentina”, sostiene. Y agrega que éste se apoyaría en “la obvia certeza sobre la incapacidad que ostensiblemente muestran sus clases dominantes para construir alguna forma de dominación legítima sobre una sociedad progresiva y dramáticamente desintegrada en círculos de fuego” (1977, p. 301). La exposición de Portantiero es conocida: en nuestro país existiría una clara crisis de dominación, producto esencialmente de dos cosas. Por lado, de la presencia de un “empate hegemónico” entre los proyectos de conducción política de la burguesía (esencialmente, entre una fracción industrial, que es mercadointernista, y otra ruralista, que es agroexportadora). Existiría así una disputa por el liderazgo que generaría “la lógica de un ‘empate’ entre las fuerzas, alternativamente capaces de vetar los proyectos de la otra, pero sin recursos

suficientes para imponer, de manera perdurable, los propios” (p. 301). Por el otro lado, también existiría la enorme fuerza de las clases populares y trabajadoras, con capacidad de incidencia para resistir esos proyectos de dominación, en los que exigirían además alguna cuota de participación en el juego político. Por lo que nuestro país, bajo estas condiciones, devendría una sociedad “ingobernable” (p. 301) y siempre a la deriva, con el “[m]antenimiento crónico de una situación de crisis orgánica que no se resuelve como una nueva hegemonía por parte de la fracción capitalista predominante ni como crisis revolucionaria para las clases dominadas” (1973, p. 84).

La gran originalidad del texto de Portantiero se debe a que no centra el eje del conflicto en problemas de acumulación económica simplemente o en la puja distributiva, sino que busca establecerlos en una clave de articulación primordialmente sociopolítica, ya que para él “no caben dudas de que el ‘empate’ político en Argentina está articulado con el empate social” (1977, p. 306).

La génesis histórica de dicho “empate hegemónico” nuestro autor la ubica al comenzar la segunda mitad del siglo XX. Para Portantiero (1973):

a mediados de la década del 50, el modelo de crecimiento capitalista vigente [cambió de fase]. A partir de ese momento la historia de las clases dominantes argentinas es la historia, zigzagueante, de la búsqueda de ajustes entre las nuevas condiciones económicas y las estructuras políticas. (p. 86)

Esto se debió a que hasta ese momento la dinámica económica era relativamente fácil, y permitía a los distintos grupos sociales articularse entre sí sin grandes enfrentamientos. No obstante, a partir de ese momento la situación se modificó, y requirió entrar en definiciones sobre hacia dónde, quién y cómo dirigiría el proyecto de dominación política y de acumulación económica, lo que implicó “tensiones y rupturas graves en el interior de los sectores propietarios” (p. 92) que nunca lograron resolverse. Por ello mismo, se habría ido configurando una serie de características en la Argentina que “testimonian una suerte de ‘imposibilidad hegemónica’, dadas las recurrentes dificultades que enfrentan para elaborar una coalición estable las capas más concentradas de la burguesía urbana y rural” (1977, pp.

304-305). Pues “[p]eriódicamente distintas fracciones buscan dar un vuelco a la situación, tratando de montar un modelo de acumulación alternativo: intento de ruptura del ‘empate’ que pretende modernizar la estructura del capitalismo” (p. 305). De este modo, una “política de tal modo agresiva, que busca quebrar una situación de ‘empate’, no puede desatarse sino a través del respaldo de la violencia desnuda, montada sobre una estructura vertical, autoritaria del Estado” (1973, p. 93). Los constantes golpes militares fueron entonces una expresión de esa misma crisis de dominación: frente al empate social que implicaba, devino el empate político y de allí la imposibilidad de asegurar una lógica de acumulación estable para el capitalismo local. “Es a eso lo que llamo crisis de hegemonía: incapacidad de un sector que deviene predominante en la economía para proyectar sobre la sociedad un Orden Político que lo exprese legítimamente y lo reproduzca”, afirma el autor (1977, p. 303). En conclusión, para Portantiero “el sistema probó su dinamismo, mostrando que sus límites no se hallan en las leyes de la economía sino en los movimientos del sistema político” (1973, p. 107).

Los éxitos y la perdurabilidad del planteo de Portantiero son muchos. Sus argumentos, a pesar de que se escribieron hace más de 40 años, sin dudas conservan mucha vigencia, sobre todo para pensar la crisis de dominación o la incapacidad de construcción de un proyecto hegemónico consolidado a largo plazo. No obstante su agudeza conceptual, existen varios aspectos a cuestionar. El primero tiene que ver con que, por su renuencia a soltar algunos preceptos básicos del marxismo, insiste en varias oportunidades en afirmar que “la contradicción principal en la Argentina [...] [es] aquella que enfrenta al proletariado con el capital monopolista” (p. 82) cuando claramente todo su relato y propuesta teórica no se articula de tal modo, ni tampoco en el clásico enfrentamiento de lucha de clases entre capital y trabajo, el cual su abordaje insistentemente afirma que sucede. Además, debemos decir que las dificultades de la dominación por parte de las clases dominantes no parecen haber nacido cuando nuestro autor lo afirma, sino que ello sucedió al menos una década antes, con el surgimiento del peronismo o incluso mucho más atrás en el tiempo, cuando el modelo agroexportador liberal dejó de operar: los golpes de Estado, el fraude y la proscripción parecen ser claros indicadores de ello y comenzaron en 1930. Por último, debemos decir que las clases populares en la Argentina no parecen haber proyectado un programa alternativo a los marcos del

sistema capitalista como Portantiero a veces sugiere, sino más bien, al contrario. Las clases obreras en nuestro país, en términos generales, podríamos decir que expresaron su programa político más cerca de las propuestas que el peronismo típicamente encarnó –el cual contó con claras articulaciones con la pequeña y mediana empresa, representada en, por ejemplo, la Confederación General Económica (CGE)– que de una salida netamente obrerista, revolucionaria o autónoma de clase.

Por ello mismo, en función de estos planteos críticos, vale la pena entonces considerar una segunda propuesta para pensar los conflictos sociopolíticos argentinos, ligada a las explicaciones de Guillermo O’Donnell (1977; 1984; 2011), las cuales de alguna manera abrevaron en Portantiero pero también lo inspiraron. En efecto, la propuesta de O’Donnell en este caso articulará un análisis del devenir histórico argentino con la sociología estructural y los ciclos y coyunturas económicas, buscando explicar los conflictos e inestabilidades con las “tendencias de largo plazo que enmarcan a dichas coyunturas y, a la vez, permiten ligarlas con el proceso histórico en el que han emergido y se han disuelto” (1977, p. 521). La clave analítica central para O’Donnell es notar las oscilaciones políticas existentes y lograr combinarlas con los ciclos económicos del país –en especial con las dinámicas de los ciclos de *stop and go* repasados–, ya que con ellas se podrían explicar los diferentes tipos de alianzas sociales que se montaron en sincronía a los dos polos estructurales de poder existentes según él: por un lado, la burguesía pampeana, que fue la que gestó el Estado Nacional y logró altas tasas de internacionalización para sus productos de exportación; no obstante, desde la crisis de 1930 no logró expresar un proyecto de poder ni reproducir legítimamente su dominación política. Por el otro, se encontraría el “sector popular” que, al agruparse en sindicatos y no tener una amplia base campesina que empujara los salarios hacia abajo, estaría “dotado de recursos económicos y organizativos significativamente mayores que los del resto de América Latina” (p. 531). A su vez, esta fortaleza y su preocupación por cuidar el mercado interno le permitiría resistir los embates de la burguesía agraria, y sentar las bases estructurales para construir periódicamente una “alianza defensiva” forjada “básicamente por el sector popular y por fracciones débiles de la burguesía urbana” (p. 537).

La disputa central entonces se estructuraría en torno al valor y apropiación de los excedentes rurales y contra la burguesía pampeana, pues “sus principales productos de exportación –carne y cereales– son alimentos que constituyen el principal bien-salario del sector popular” (p. 531). Por lo tanto, en un juego de suma cero, de los bienes de exportación devendrían la alta rentabilidad para la burguesía pampeana pero también el nivel salarial para los sindicatos y la base del consumo y actividad económica para el pequeño empresariado mercadointernista. Por último, deberíamos sumar el rol de la alta burguesía urbana, la cual terminaría siendo el fiel de la balanza en este enfrentamiento y su tipo alianza perpetuamente oscilaría según la fase del ciclo económico: en las fases recesivas tendría motivos para unirse con la burguesía pampeana en pos de políticas económicas austeras – que sanearían el balance de pagos y que permiten apropiarse del excedente así como concentrar y centralizar el capital–; no obstante se nos señala que esa alianza “solo se forjó por lapsos cortos, para disolverse rápidamente en situaciones que colocaron a estas dos fracciones superiores de la burguesía argentina en campos políticamente diferentes” (p. 537). La interrupción se debería a que dicha “alianza ha sido enfrentada una y otra vez por otra –constituida básicamente por el sector popular y por las fracciones débiles de la burguesía urbana– que, a pesar de su subordinación económica, ha podido imponer políticamente condiciones suficientes como para que aquella alianza no pudiera sostenerse más allá del corto plazo” (p. 537). A su vez, esto coincidiría también con los inicios de las fases económicas expansivas, que llevarían a que la alta burguesía urbana se terminase plegando a los reclamos de los actores que conforman la “alianza defensiva”, por lo menos hasta que los ahogos externos volvieran a irrumpir por falta de divisas, y retornase entonces la fase contractiva y la unión entre la alta burguesía urbana y la pampeana. Según O’Donnell, sería esta explicación la que “compuso un mapa de cambiantes alianzas, que se halla en el origen de los ‘ciclos’ económicos y políticos que han llamado la atención a estudiosos de la Argentina” (p. 533), los cuales son también el origen de la inestabilidad. Porque para nuestro autor, más que de “ciclos conviene ya hablar de espirales, en tanto –sobre todo políticamente– cada una de estas idas y vueltas, con su historia de triunfos y derrotas siempre provisorias, fue agudizando los conflictos en los que se alimentaban” (p. 550), con lo cual con “estas condiciones, el capitalismo argentino tenía que girar mordiéndose la cola en espirales cada vez más violentas” (p. 551).

De más está decir que la propuesta conceptual de O'Donnell, junto a la de Portantiero, representa un clásico ineludible, y es también uno de los estudios más importantes de las ciencias sociales argentinas. Del mismo modo que éste, y a pesar también de haber sido escritos ambos trabajos en un período cercano (y que se citan e influyen entre sí), sus aportes hoy en día parecerían sostener una significativa vigencia, pudiendo extrapolar muchas de sus conclusiones más allá del período que estrictamente abarcaron sus análisis, tal como intentaron señalar algunos autores (Vommaro, 2019). En todo caso, tal vez la mayor diferencia entre ambos autores, más allá de las críticas arriba mencionadas, es que para O'Donnell fuera difícil hablar sin más de “empate hegemónico”, ya que encuentra que las oscilantes secuencias historias posperonistas representaron una lenta pero continua derrota de las clases populares (O'Donnell, 1984, p. 24; Vommaro, 2019, p. 48). De todas formas, no obstante, y a pesar de lo destacado de sus señalamientos, existen al menos tres elementos de su abordaje global que podríamos cuestionar.

El primero tiene que ver con el rol desempeñado por la alta burguesía urbana como fiel de la balanza en los constantes cambios de alianzas sociales descriptos, pues más que “haber jugado a ganador”, como dice O'Donnell (1977, p. 539), ésta debió aceptar resignadamente los embates de la alianza defensiva para imponer las políticas económicas expansivas, sin contar con otras alternativas frente a ello. En segundo lugar, nuestro autor nos dice que el precio de los alimentos es el “blanco preciso” de los objetivos políticos que motivarían los conflictos (p. 545). Sin embargo, por más que ello pudiera darle racionalidad explicativa al planteo, en realidad encontraría allí varios límites, lo que lo hace caer en cierto economismo conceptual (de tinte mecanicista) y, sobre todo, tener problemas empíricos. Pues es verdad que el motivo económico pudo resultar importante para promover la acción política y motivar la alianza defensiva, pero muchas veces ese no fue el disparador sino que lo excedió. Tomemos como ejemplo lo sucedido en la Argentina en 1969, especialmente en Córdoba. Allí la impugnación popular no emergió con motivo de una nueva fase económica expansiva como O'Donnell sugiere (pues la misma ya había comenzado en 1963), y también es difícil atribuirle a las protestas obreras y populares simplemente los reclamos salariales. En realidad, las activaciones populares tuvieron más un determinante político que económico (el reclamo salarial no fue prioritario, incluso, como solía recordar el ministro de Economía

de aquel entonces, Krieger Vasena, el Cordobazo fue llevado a cabo por los obreros mejor pagos de todo el país). No estaba vinculado al precio de los alimentos ya que, vale recordar, la inflación hasta ese momento venía cayendo a buen ritmo; así como también –lo más importante de todo– las retenciones a los bienes exportables ya se habían impuesto al menos dos años antes (febrero de 1967), por lo que la disputa por el excedente con la burguesía pampeana no hubiera tenido sentido. Por último, también es necesario tener en cuenta que en 1969 no existió solo una fuerte protesta del sector popular, sino también de la burguesía pampeana en contra del gobierno militar, ya sea contra las retenciones a las exportaciones agro-ganaderas como contra la veda a la venta de carne vacuna para evitar que ésta subiera mucho de precio, algo que otros investigadores señalan (Flichman, 1977) y que el mismo O'Donnell reconoce (1996, p. 284). Por lo que la confluencia del accionar político de ambos polos de la estructura de poder, enfrentados ambos a un mismo gobierno, es algo que el esquema de O'Donnell tiene muchas dificultades en explicar.

El tercer trabajo a considerar representa, junto a los dos recién repasados, otro verdadero clásico. Nos referimos al aporte de Alain Rouquié (1977; 1984) quien a la hora de explicar la recurrente inestabilidad del país optó por estudiar al actor sin dudas descollante de ella: las Fuerzas Armadas. En este caso, este autor se encargará de señalar que lo “específico del militarismo latinoamericano no es el golpe de Estado aislado y devastador, sino la dominación del Estado por los militares” (1984, p. 303), y que en nuestro país esta lógica de intervención a clases o fracciones de clase no puede estar atada como los anteriores autores buscaron señalar, ya que:

el ejército argentino expulsa sucesivamente del poder a las clases medias y su representante (1930), la oligarquía agroexportadora (1943), los sindicatos obreros y los partidos populares (1955), los sectores industriales (1962), los partidos políticos tradicionales (1966) y nuevamente a los sindicatos y el populismo en 1976. (Rouquié, 1984, p. 320)

Lo que demostraría que el ejército argentino no es el representante de ningún grupo en particular, aunque en líneas generales tienda a beneficiar a las clases propietarias, especialmente a las tradicionales.

El planteo de Rouquié se esfuerza por señalar un punto vital, en el sentido de que, si bien los militares resultan en el actor disruptivo y es la marca de la inestabilidad crónica del país, aclara que “de ningún modo son su causa; se presentan, por el contrario, como la consecuencia y expresión de una prolongada crisis política” (1978, p. 379). Porque el verdadero problema de fondo es el “completo divorcio entre el sistema institucional y el sistema de poder” en donde “la dominación militar [emerge] como la falta de consenso” (pp. 380-381). Nuestro país, al ser intensamente politizado y movilizado ha tenido una “sobrecarga de demandas” que generó un sistema desquiciado y con crisis recurrentes. Por lo que, frente a los permanentes desbalances sociales, políticos, económicos e institucionales el poder militar funcionaría como una suerte de “poder moderador” que intentaría recenrarlos y aplacar las disputas. Uno de los motivos de ello se debe a que “[d]esde 1914, en verdad, la Argentina nunca tuvo un partido conservador moderno deseoso de ajustarse a las reglas representativas” (p. 381), por lo que las clases dominantes no llegaron a conformar una fórmula política que les asegurara su preponderancia. Por su parte, la exclusión de las clases populares de la representación electoral (primero previo a la Ley Sáenz Peña, luego en la década de 1930 y finalmente con la proscripción peronista) hizo inviable una solución institucional frente a tantos desequilibrios (a los cuales se agregaban los problemas de la modernización y del subdesarrollo industrial). Por ello mismo, a diferencia de los autores previos, se nos aclara que “el determinismo económico es de un alcance limitado, aunque lo político no tenga una autonomía demasiado grande en una sociedad pretoriana donde justamente todo se vuelve político” (p. 397).

Para nuestro autor es “lícito preguntarse, evidentemente, por qué razón social la clase dirigente tradicional no supo adaptarse al sistema mayoritario y organizar estructuras políticas que salvaguarden su dominación” (p. 412). Y la respuesta frente a ello parece clara: desde 1930 se produjo “el agotamiento del proyecto nacional de sus clases superiores [...] [y al] no existir alternativa ni grupo social capaz de asumir el papel dirigente” no se halló una manera de construir un nuevo proyecto hegemónico (p. 415). Con ello, la clave explicativa de Rouquié es explícita: “La debilidad de las capas dirigentes, su apatía e impotencia para imaginar otros esquemas de desarrollo y coexistencia social, han generado una inestabilidad crónica” (p. 415). Por todo esto, el estudio de la corporación militar es entonces ex-

cluyente, porque “el ejército restablece el equilibrio de una sociedad a-hegemónica [...]. Esta función reguladora hace de las institucionales militares no sólo un árbitro o un ‘poder moderador’ sino la verdadera instancia dirigente del sistema político” (p. 420). Como conclusión final, el autor nos señala que la:

acción del poder militar tiende pues a impedir la preponderancia duradera de un actor social sobre los demás. Pero, bloqueando los desequilibrios sociales, motores de la evolución y el progreso, las intervenciones estabilizadoras prolongan la crisis global de la sociedad argentina y reproducen la inestabilidad crónica. (Rouquié, 1978, p. 420)

Visto a la distancia es muy difícil no reconocer los logros del planteo de Rouquié. No obstante, también el paso del tiempo se ha encargado de mostrar varios de sus límites. Pensemos en los tres pilares básicos de su explicación. Por un lado, Rouquié es el autor que mayor empeño de los hasta ahora repasados ha dado en reducir el rol de lo económico para explicar la inestabilidad. Por otro, buscó señalar que las periódicas interrupciones ligadas a las intervenciones militares no son la causa de la inestabilidad, sino más bien una expresión de ella. Por último, el corazón explicativo de su esquema se debe a que las clases tradicionales no lograron estructurar un partido político ni, como su consecuencia, aceptar las reglas institucionales. No obstante, a pesar de que podría reconocérsele a sus argumentos una capacidad heurística significativa para gran parte del siglo XX argentino, lo cierto es que, si se buscara extrapolar sus premisas para entender los conflictos posteriores, veríamos que fácilmente se vuelven impotentes.

En efecto, probablemente resulte una injusticia buscar explicar la inestabilidad argentina posterior al período para el cual nuestro autor postuló sus tesis, no obstante, tal vez sea un ejercicio a considerar pues nos permitiría notar varios puntos a tener en cuenta. El primero es que por más que se haya querido reducir el rol de lo económico como eje explicativo a la inestabilidad, el tiempo demostró que ello no era del todo fácil: la agudización de los colapsos y crisis económicas indican que la inestabilidad se siguió reproduciendo esencialmente vía el canal económico. El segundo es que el actor específico que, según Rouquié, expresaría la falta de orden y de consenso hegemónico en el país –la corporación militar–, a partir de

1990, afortunadamente, desapareció como actor político. Sin embargo, los sacudones y desequilibrios de todo tipo continuaron existiendo. Por lo cual, muerto el perro no se acabó la rabia. En tercer lugar, si pensáramos en la continuidad institucional como herramienta para poner fin a los bamboleos argentinos, notaríamos que desde 1983 ella existió, pero aun así el desorden indomeñable también prosiguió. Y, lo que es más importante para el esquema de Rouquié, las clases tradicionales lograron tener, igualmente, sus representantes partidarios para imponer sus esquemas vía sufragio democrático, primero con el menemismo, luego con la Alianza, y –de manera todavía más clara y decidida– con la construcción del partido que Mauricio Macri encabezó. Aún todo ello, la inestabilidad nunca se extinguió.

En función de estos señalamientos, como cuarto enfoque, no quisiéramos dejar de ofrecer nuestra mirada sobre el tema (Zicari, 2020), deudora de los autores previos pero que también agrega algunas novedades. En efecto, para entender la constante inestabilidad argentina nada mejor que abordar una de sus principales marcas: las crisis económicas sufridas por el país. Es que se ha notado como elemento fundamental su fuerte reiteración:

Desde la unificación nacional en 1860 hasta la actualidad, en 2020, han pasado 160 años. En dicho periodo se produjeron dieciséis crisis económicas, lo que da un promedio de ocurrencia de una crisis cada 10 años. Sin embargo, la situación es todavía mucho peor si evaluamos lo sucedido en los últimos 45 años (desde 1975 en adelante). Aquí el vértigo se acelera, ya que han irrumpido siete crisis económicas de importancia. Es decir, hemos sufrido algún tipo de colapso cada 6 años y medio. Lo cual no es poco, sino un hecho muy grave que debe preocuparnos y llamarnos la atención. (Zicari, 2020, p. 10)

Frente a esta situación, el abordaje entonces se desarrollará con dos estrategias básicas. Por un lado, una que podríamos llamar netamente económica e histórica: realizar un relevamiento sistemático de las diferentes crisis económicas y sus épocas para poder establecer modelos, tipologías y poder compararlas, buscando las claves explicativas de su ocurrencia. La segunda estrategia, que es la que nos importa aquí, ofrecerá una mirada sociopolítica de análisis y no se revelará hasta el final del libro, pero señala:

Las recurrentes crisis económicas del país, si bien pueden tener mecanismos propios del terreno económico que las expliquen –tal cual vimos en los capítulos previos–, también responden al éxito o fracaso de las construcciones políticas. Por ello la hipótesis que se buscará presentar aquí será la siguiente: la inestabilidad argentina se debe, entre otras cosas, a que existen dos bloques o tipos de coaliciones sociopolíticas que disputan la conducción del país. Dichos bloques, por su parte, tienen programas económicos propios que expresan las alternativas en conflicto, sin que ninguna de las dos partes logre imponerse. A su vez, tal disputa ha generado como su consecuencia una hegemonía imposible en el largo plazo, lo que hace más precaria o incierta la estabilidad económica y política y en donde las crisis terminan funcionando también entonces como un dispositivo de poder, de disciplinamiento y de despojo por parte de los sectores de la elite económica contra las clases asalariadas. (Zicari, 2020, p. 240)

En este caso, las ideas de Portantiero de “empate hegemónico”, las de O’Donnell sobre la construcción de alianzas y las de Rouquié sobre la falta de representación política de las elites son recuperadas. Pero a esto se le suman otros elementos. Uno de ellos es que la disputas entre bloques históricos no es simplemente económica, aunque eso pueda ser importante, sino también por lograr establecer la dirección ético-cultural de la sociedad. A ello se suma la explicitación de los programas económicos de los coaliciones sociales enfrentadas, las cuales poseen objetivos diametralmente opuestos en un caso y en otro (por ejemplo, si las coaliciones populistas buscan distribuir la riqueza, bajar el desempleo, aumentar los salarios, proteger el mercado interno o expandir los derechos sociales; el bloque histórico liberal pretende concentrar la riqueza, aumentar el desempleo, reducir salarios, abrir el mercado y recortar derechos sociales, aunque la lista de oposiciones es más extensa). La génesis histórica del antagonismo se terminó de estructurar tras la Segunda Guerra Mundial, y la sociedad argentina osciló entre uno y otro agrupamiento coalicional. No obstante, también se señala la existencia de un tercer programa además del popular y del liberal, que es el desarrollista y que fue mucho más intermitente y con una base social más acotada. De esta manera, ya sea durante la segunda etapa de la ISI (1945-1975), durante la dictadura (1976-1983) o en democracia (1983-2020) los distintos bloques históricos pujaron por imponer sus programas, y se sucedieron entre ellos una y otra vez.

Con todo, a la incapacidad de que algún bloque histórico pudiera imponer una hegemonía e instaurar un dominio de largo plazo, el planteo terminará por señalar dos aspectos vitales. Por un lado, que las crisis económicas son sobre todo mecanismos de transferencia de ingresos muy poderosos (generan exclusión, concentración de la riqueza, aumentan la pobreza y licúan salarios). Por el otro, que a su entramado económico se le suma que las crisis terminan funcionando como herramientas políticas de primer nivel, dado que es durante estos momentos que el poder económico concentrado logra sus mejores oportunidades tanto para presionar a los gobiernos (y forzarlos a aplicar los programas que demandan) como para disciplinar a los sectores populares (ya que solo les queda adoptar posiciones defensivas en tiempos de tribulaciones y de desesperación). En todos los casos, las crisis devienen un excelente negocio para las elites, y pueden ser un medio para controlar a la sociedad a la distancia y asegurarse mecanismos de acumulación vitales (esencialmente, vía la fuga de capitales, el endeudamiento estatal y la dolarización de la economía). Por tanto, frente a la alta utilidad que representan las crisis para los actores económicos más concentrados se deduce que la inestabilidad crónica del país, lejos de ser una característica azarosa, les es totalmente funcional y que incluso la promueven. De allí que la reiteración de colapsos tenga una explicación: son un arma política y económica que, si bien no garantizaría el dominio hegemónico en el largo plazo, al menos permitiría asegurar la prioridad y reproducción económica de las capas altas de la sociedad.

La idea de analizar las crisis económicas de manera sistemática es sin duda fundamental para entender la inestabilidad en el país, especialmente cuando se pone tanto énfasis en el altísimo costo que han tenido en el largo plazo y en señalar que son un elemento permanente de la sociedad argentina. No obstante, el trabajo no deja de tener al menos tres debilidades. La primera es que la inestabilidad argentina no es solo económica, sino también sociopolítica, y en el abordaje realizado muchas de las grandes irrupciones políticas no logran ser incorporadas al análisis sistémico. Como se menciona en la propia introducción del libro, las “crisis políticas” (como la revolución radical de 1905, la Semana Trágica de 1919, o el Cordobazo de 1969) no terminan se articularse al planteo central. La segunda debilidad es que la tesis que identifica a las crisis económicas como un mecanismo de poder por parte de las elites, al menos en las últimas décadas, por momentos asume un

fuerte tinte conspirativo difícil de explicar. Es decir, es verdad que cumplen, sobre todo en la era de la Valorización Financiera (1975-2020), una funcionalidad económica y política sin duda descollante a favor del capital concentrado. Pero fenómenos tan complejos, corales y de consecuencias imprevistas no parecen ser posibles de provocar tan ligeramente como se sugiere, y es algo que debería ser mejor explicado en el planteo. Por último, la tercera debilidad, y quizás la más grande, es que la evolución de los bloques históricos es analizada con poco detalle, sin mostrar modificaciones internas ni cambios sustantivos, lo que da la sensación de que son dos constantes históricas incapaces de verse afectadas. Todos estos puntos le restan fuerza al abordaje y terminan por ser un duro límite al intento de fundamentar el caos económico sobre bases sociopolíticas.

En suma, vemos que los cuatro planteos agrupados en este apartado brindan herramientas indispensables para entender el caos y el desorden argentino. Empero, existen otros elementos que estos análisis no logran incorporar a sus abordajes y que es indispensable tener en cuenta. Avancemos hacia allí.

Las explicaciones centradas en disputas representacionales y socioculturales

El tercer campo disciplinario a considerar sobre las permanentes disrupciones argentinas, si bien no descarta varias de las premisas señaladas por los aportes ya revisados, no deja de ofrecer igualmente algunas conceptualizaciones alternativas al respecto. En este agrupamiento veremos que se le otorga a las disputas representacionales y socioculturales el lugar protagónico.

En este sentido, vale la pena considerar un reciente trabajo de Daniel Villanueva y Tomás Aguerre (2020) que ha buscado explorar la dicotomización social que se expresó en los últimos años entre kirchnerismo y macrismo, señalando que esas divisiones en realidad pudieran tener raíces más profundas y tal vez más largas en nuestra historia. En este caso, el planteo de nuestros autores apela a tres estrategias para pensar el antagonismo social. En primer lugar, minimizar el concepto de “grieta” para explicarlo, dado que consideran que:

La idea de grieta supone que hay dos sectores que no pueden dialogar entre sí porque no hablan el mismo idioma. No comparten los mismos objetivos. No creen en las mismas herramientas para conseguirlos. Y no están de acuerdo en los métodos para resolver los conflictos que de allí emanan. (Villanueva y Aguerre, 2020)

Por ello mismo, su estrategia se basará en la exploración de otro camino a los tradicionales, “para ver si no le estamos diciendo grieta a un fenómeno más simple, más natural y extendido a casi todas las democracias occidentales: la polarización política” (Villanueva y Aguerre, 2020).

Una vez dejada de lado o cuestionada la idea de simple “grieta”, la segunda estrategia implicará un trabajo empírico a través de encuestas sobre preferencias, valores y afinidades relacionadas a cómo pensar el Estado, el tipo de sociedad anhelada y qué se pretende del gobierno. Lo cual arrojaría la existencia de dos polos, con una línea divisoria palpable entre ellos, aunque con algunos matices:

Se trata de una discusión sobre ‘los cómo’. Un polo con mayor adhesión a las políticas de intervención estatal y otro con menos: lejos de ser una grieta filosófica, cultural o insalvable, no parece representar nada muy distinto a lo que sucede en la gran mayoría de las democracias occidentales. (Villanueva y Aguerre, 2020)

Aquí es interesante el planteo porque los autores reconocerían la dicotomización social en el país pero sin encontrar en ella una especificidad propia, distinta de lo que sucede en otras partes del mundo. Aunque nos aclaran:

El proceso de incipiente formación de dos polos bien diferenciados en la Argentina no significa necesariamente la configuración de dos identidades que permanezcan o vayan a permanecer inmutables en el tiempo. Es una tentación y una comodidad para el analista político que así suceda. Pero, en todo caso, representa más una ventana de oportunidad para los espacios políticos capaces de articular política y electoralmente una oferta sostenida en uno de esos polos. (Villanueva y Aguerre, 2020)

De esta manera, la lectura del antagonismo social ya no tendría que ver con un “empate hegemónico” entre fracciones de clases, el conflicto distributivo o los problemas de la estructura productiva como algunas de las explicaciones vistas arriba, sino que el eje sería otro, ya que la división “antes que una grieta, [es] una sociedad de valores polarizados” (Villanueva y Aguerre, 2020). Por todo ello, la dicotomización se observa aquí de forma mucho más simple y transparente en sus componentes morales, culturales y socioafectivos:

Los polos de la disputa política, aunque no representen una grieta insalvable, existen. Y expresan, cada uno, a una parte de la sociedad que puede agruparse de acuerdo a creencias, intereses e ideologías: formas de ver el mundo y comprenderlo. (Villanueva y Aguerre, 2020)

Un planteo como éste sin dudas es valioso porque ofrece perspectivas tal vez no exploradas anteriormente y le otorga a la cultura, los valores y las ideologías un peso total, sin encuadrar los conflictos en términos económicos o políticos como tradicionalmente se hace. No obstante, si bien las observaciones son valiosas, un enfoque de este tipo puede que no sea la mejor opción para pensar el tema que nos interesa más allá de ofrecer una mirada novedosa sobre la estructuración social. Porque si bien es verdad que el texto no se propone explicar la larga historia argentina, su clave de lectura de la polarización social en torno a valores por un lado ofrece un nuevo prisma, por el otro hace menos palpables los mecanismos operativos para explicar dicha polarización. Además, su corazón temático finalmente resultaría insulso frente a ello: si todas las sociedades se conforman por estructuras valorativas polarizadas, la singular inestabilidad de nuestro país quedaría sin ser posible de entender.

De considerar estos señalamientos, vale la pena entonces adentrarse en un segundo enfoque, el cual posee una matriz analítica diametralmente opuesta a la anterior. En efecto, porque algunos autores más que considerar las típicas polarizaciones existentes en todas partes del mundo entre valores e ideologías enfrentadas, buscaron poner el eje en una marca específicamente argentina: el peronismo. En efecto, mucho se ha dicho y seguramente se dirá sobre el peronismo en nuestro país. Se le suele atribuir a John Cooke la frase: “el peronismo es el hecho maldito

del país burgués” (González, 1999, p. 407), la cual primigeniamente plantearía a dicho partido como elemento discordante. No obstante ese parafraseo, debemos decir que en realidad la cita correcta es otra, probablemente más interesante: “el peronismo sigue siendo el hecho maldito de la política argentina: su cohesión y empuje es el de las clases que tienden a la destrucción del *statu quo*” (Cooke, 1973, p. 104). Y tal vez valga la pena entonces detenerse en las explicaciones académicas que más han abrevado en esta última premisa para explicar la inestabilidad argentina. A este respecto, dos textos muy ligados entre sí y con una misma tesis pueden servirnos como guía.

Uno de ellos es una conocida conferencia de Halperin Donghi (2006), en la que desarrolla una idea común en muchos estudiosos y postula que, desde su nacimiento en la Segunda Guerra Mundial, el peronismo conformó un tipo de estructuración social efectiva y atrapante, pero a la vez imposible de extirpar, que es la causante de muchas de las disrupciones vividas en la historia del país. En este relato, el peronismo “había logrado en efecto crear una sociedad nueva, que había adquirido una vida propia y, aunque no tenía modo de perdurar, sencillamente se rehusaba a morir” (Halperin Donghi, 2006, p. 29). Es así que, tras disolverse el consenso liberal vigente hasta la década de 1930, el peronismo le habría dado vida a temas y actores sociales que ya no fueron posibles de domeñar, y habría imposibilitado como su consecuencia la formulación de un pacto duradero, expresando una fractura social ardiente: su misma existencia lo volvía una fuerza entonces necesaria pero también inviable. Según nuestro autor:

lo que hizo de la victoria del peronismo el punto de partida de una crisis permanente, que tras provocar su caída iba a derrotar por más de tres décadas todas las alternativas de darle solución, fue que, mientras la revolución peronista supo crear una fuerza política cuya supervivencia estaba asegurada por sus poderosas raíces en la sociedad que había plasmado [estaba debilitada igualmente por su propia fragilidad, lo que hizo del medio siglo posterior a su nacimiento] la larga agonía de esa sociedad forjada en la posguerra. (Halperin Donghi, 2006, pp. 28 y 30)

Por ello mismo, para Halperin Donghi la continua acumulación de catástrofes que la sociedad peronista estructuraba, pero que igualmente no podía resolver,

solo pudo encontrar su final inexorable en la crisis terminal de 1989, dado que la “hiperinflación constituyó así el momento resolutivo en la interminable agonía, que llegaba así a su término para la sociedad forjada por la revolución peronista”. Aunque señala a la vez que “este fin fue también un principio” (2006, p. 141), porque a partir de allí un nuevo orden socioeconómico y político nacería.

En continuidad con esta línea analítica, Vicente Palermo y Marcos Novaro (1996) adscribirán directamente a los planteos básicos de Halperin Donghi, citando a dicho autor a la hora de explicar la larga inestabilidad y crisis crónica de nuestro país. Es que, según la palabra de estos:

La particularidad del caso argentino consistió en la presencia masiva y la centralidad de un sector popular activo y cohesionado, y en el fracaso del intento peronista de su institucionalización [...]. [En consecuencia] se estableció entonces una suerte de inviabilidad sociopolítica, tanto para mantenerse en el modelo como para salir de él. (Palermo y Novaro, 1996, p. 37)

En este planteo, como vemos, el peronismo es figurado como un artefacto genéticamente disruptivo y desbordante que impediría toda forma de estabilización de la convivencia entre los actores sociales. Y ello ocurría por la peculiar forma de habilitar los clivajes de la representación social e institucional. Porque, según nos señalan, “la aparición del peronismo organizó las preferencias electorales de acuerdo con una línea de clivaje poco funcional para la estabilidad democrática, al emblocar a la sociedad de un modo tal que creó un insalvable déficit de representación” (Palermo y Novaro, 1996, p.39). De esta forma, sin capacidad de ser asimilado por el sistema institucional ni por los poderes fácticos pero contando, a la vez, con capacidad de obstruir cualquier proyecto por fuera de sí mismo, el destino del país no podría haber sido otro que el que fue: una sociedad siempre inestable, bandeándose a sus extremos y en guerra contra sí misma.

La situación resultante se resume en que, a partir de 1955, los gobiernos, civiles o militares, no podían gobernar contra el peronismo, dado su contundente poder de veto a través de los sindicatos y la abstención electoral, pero tampoco podían gobernar con él, en virtud de su resistencia a ser absorbido y las resistencias del

bloque antiperonista [...]. En tal contexto, los partidos serían sistemáticamente impotentes para instituir mediaciones y moderar el juego corporativo. (Palermo y Novaro, 1996, p. 39)

Finalmente, nuestros autores arribarían a la misma conclusión de Halperin Donghi, al considerar que “los signos de agotamiento del viejo orden económico y social” se fueron agudizando cada vez más (p. 33) y que:

a comienzos de 1989, cabalgando sobre la hiperinflación, se había desencadenado la fase terminal de una crisis [...] [Finalmente] con dicha eclosión culmina un largo período de desarticulación del viejo orden [...] [lo que] constituye la piedra angular del contexto de formulación de las reformas [liberales aplicadas por Carlos Saúl Menem]. (Palermo y Novaro, 1996, pp. 23 y 36)

La interpretación inaugurada por Halperin Donghi y continuada por Palermo y Novaro probablemente ofrezca la mejor versión académica a la hora de responsabilizar al peronismo por la larga crisis argentina. Sin embargo, a pesar de que pueda ser atractiva para muchos analistas poco propensos a mirar con simpatía a dicho movimiento político, los problemas que arroja el enfoque son muchos. Señalemos al menos cinco. El primero es el más básico: se suele decir que cuando Juan habla de Pedro sus palabras, en realidad, refieren más a Juan que a Pedro, y lo mismo pasa con el peronismo. Al ser éste un movimiento tan ecléctico y cambiante, eso lo vuelve muchas veces inasible: las narrativas sobre él expresan la opinión de esos autores más que una atinada descripción del fenómeno. Existen extremos en los cuales se lo responsabiliza de todos los males argentinos (como, por ejemplo, en Di Matteo, 2011, o Iglesias, 2019) hasta aquellos que lo reivindican fuertemente como la única salvación posible (como, por ejemplo, Forster, 2013, o Galasso, 2011). En segundo lugar, en línea con esto y por ello mismo, extrañamente nuestros autores invierten la responsabilidad del problema: el peronismo más que ser el causante de la inestabilidad fue una víctima de ella, pero especialmente por la intolerancia de los sectores antiperonistas que hicieron todo lo posible para que éste no gobernase, provocando una alta inseguridad institucional y negando la democracia, hasta llegar a los extremos más inauditos. Pues fueron sus detractores los que organizaron masacres a gran escala como los bombardeos a Plaza de Mayo,

golpes militares, fusilamientos, proscripciones políticas y dictaduras militares, y se negaron sistemáticamente a admitir su enorme mayoría plebiscitaria. En tercer lugar, tal vez lo más importante de todo, debemos recordar que este comportamiento intolerante, disruptivo y poco respetuoso de las instituciones, promovido en gran medida por las elites tradicionales, existió de manera previa a la irrupción del peronismo (por ejemplo, los golpes militares, el fraude y la proscripción fueron promovidos desde la década de 1930), por lo que resulta desatinado culpar al peronismo por ello, ya que eran modalidades de acción previas al fenómeno peronista. El problema de la representación entonces debería ser invertido, dejando de lado al peronismo como causa de la inestabilidad para focalizarse en los grupos minoritarios que nunca lograron construir una alternativa política que les pudiera garantizar un triunfo electoral pero que, no obstante ese límite, se negaron igualmente a admitir cualquier proyecto que no fuera el propio (algo arriba repasado). En cuarto lugar, especialmente el planteo de Halperin Donghi no parece considerar la desestructuración política y económica que implicó la última dictadura militar y las dislocaciones que causó, por lo que la continuidad analítica que propone entre 1945 y 1989 resulta muy empobrecida, al confundir los problemas económicos de la era industrial con aquellos posteriores a la implantación del neoliberalismo en el país. Por último, debemos decir que ambos trabajos suponen que la subordinación del peronismo al programa empresario del capital concentrado como el realizado por Menem era tal vez la solución indicada para poner fin a la larga inestabilidad argentina. No obstante, el paso del tiempo también se encargó de desmentir ello: las crisis, colapsos, interrupciones de gobiernos y el empate social continuó existiendo más allá de eso (la crisis de 2001 es una buena prueba de ello). En conclusión, sin revisar todos estos puntos el planteo propuesto termina más que debilitado, al remitirse a hábiles estrategias retóricas para denostar a un partido político que poco les agrada a estos autores.

Una tercera propuesta a considerar es un verdadero clásico de las ciencias sociales argentinas, el cual ubica los problemas de la representación no en un solo actor sino en la lógica del sistema político argentino. Nos referimos al trabajo de Torcuato Di Tella (1972), el cual busca una fórmula política para solucionar el problema que estamos indagando aquí en relación a la constante inestabilidad nacional. Un problema, según Di Tella, que sería de base política y que también sería el res-

ponsable, entre otras cosas, del subdesarrollo económico argentino. En efecto, como lo señala nuestro autor, “nuestra debilidad económica se debe a la inestabilidad política. Nótese que se está haciendo referencia aquí a la inestabilidad, o sea a un aspecto particular de la amplia área política” (Di Tella, 1972, p. 321). Porque para Di Tella el problema del subdesarrollo nacional, un tópico central en los años en que se escribió el texto, no se debe a causas económicas sino políticas: a cómo están planteadas las relaciones entre los actores del sistema político. “Como esto implica una difícil coexistencia entre antagonistas –nos dice–, nuestro crecimiento económico va a ser más lento que el de otros países” (p. 321). La causa principal de los conflictos locales para Di Tella es clara y poco original: se debe a que existe en nuestro país un desarreglo entre los centros de poder verdaderos y su capacidad de expresión formal. En sus propias palabras: “podemos resumir las principales características de nuestro sistema político en los dos siguientes puntos: 1) pluralidad de centros de poder antagónicos, y 2) endeblez de nuestras prácticas de coexistencia institucional” (p. 321). Dados estos desbalances recurrentes, “al disponer de menos recursos para repartir entre los diversos sectores, estos [los múltiples actores del sistema] se tornan más agresivos y violentos en sus demandas” (p. 321). Y agrega: “lo grave de la búsqueda de soluciones radicales es que ella a menudo se traduce en un mayor deterioro”, puesto que “cortarle la cabeza a la hidra no siempre ha producido resultados felices” (p. 317).

Ahora bien, si el diagnóstico hasta cierto punto es poco original, lo más novedoso y trascendente es el tipo de solución que Di Tella propone cuando nos dice: “debemos diseñar un sistema político capaz de expresar estas tensiones y dar cierta estabilidad al sistema, para no interrumpir los esfuerzos constructivos que se hacen” (p. 320). La respuesta a estos problemas es que los grupos de poder tradicionales y empresariales no representados

lo que necesitarían serían un partido de derecha capaz, si no de ganar elecciones, por lo menos de hacer un buen papel, y de mantener esperanzas de ganar en el futuro, o de influir a un partido de centro para que en la práctica les defienda sus intereses. (Di Tella, 1972, p. 323)

Según él,

Lo que ocurre es que nuestra clase media (expresada en el partido radical) debido a sus recientes orígenes populares, se resiste a desempeñar el rol de masa electoral de la derecha, que cumple en casi todos los países de desarrollo avanzado en el mundo. (Di Tella, 1972, p. 324)

Todo esto hace que sea el peronismo el que termine por acapararlo todo. Es decir, como el mundo popular estaría hegemonizado por el peronismo, éste sería imbatible en la arena electoral, lo que generaría los desbalances y la inestabilidad recurrente, pero no por él mismo sino por no existir otro partido de peso capaz de nivelar y representar al espacio empresarial no peronista. De este modo, la fórmula política vigente es inviable porque:

Si se da el dominio absoluto de uno de ellos, el sistema no sirve para representar institucionalmente al acuerdo al que se hacía referencia más arriba, ya que no habría garantías para varios numerosos grupos de interés que habíamos considerado hacer coexistir. (Di Tella, 1972, p. 323)

En suma, la propuesta demandaría construir dos características para equilibrar el sistema:

1) una básica bipolaridad, no necesariamente bipartidismo, pero sí un alineamiento de los partidos en dos coaliciones reales o virtuales de pareja fuerza electoral, y 2) una inclusión de la mayor parte de los grupos empresariales, tanto rurales como industriales, nativos como extranjeros, en la derecha, la que de todos modos no sería títere de los poderes imperialistas pero sí aliada de ellos. (Di Tella, 1972, p. 325).

Es difícil ponderar el impacto y la gran cantidad de discusiones que causó el breve y provocativo texto de Di Tella. Sin dudas contribuyó a edificar buenos y largos debates en las ciencias sociales argentinas. No obstante, a pesar de ser un texto primigenio en la búsqueda de las causas y soluciones de la inestabilidad nacional, podemos señalarle al menos tres grandes críticas a la larga lista de las que

ya ha recibido⁴. La primera se debe a la fuerte artificialidad de la propuesta. Di Tella en el comienzo de su texto rechaza las intervenciones radicales y exageradas, sin embargo, a modo de gran demiurgo institucional, propone un reordenamiento del sistema político según una clave extraña a la evolución social hasta ese momento operada en el país. La segunda crítica apela a los incentivos: tal vez que los poderes fácticos, empresariales y extranjeros no expresados en el sistema de partidos no hayan tenido representación en él se deba, no a carecer de interés en participar, sino a que desde las sombras se sentían cómodos, ya que sus objetivos políticos y económicos eran más fáciles de satisfacer así. Di Tella ingenuamente supone que la inestabilidad argentina y el subdesarrollo eran realmente problemas de “todos los actores”, olvidando que hay muchos grupos y sectores que se benefician con dicha inestabilidad, por lo que no tendrían incentivos para modificar el juego y las conductas asumidos hasta entonces. Por último, la tercera crítica, es que debemos decir que aun cuando existieron movimientos políticos posteriores que trataron de direccionar el sistema institucional en el sentido por Di Tella pretendido, el país no ganó estabilidad de ese modo. Por ejemplo, Eduardo Angeloz encabezó la fórmula de la Unión Cívica Radical (UCR) en las elecciones presidenciales de 1989 con un claro discurso orientado a llevar adelante el programa empresarial, salió segundo en votos y tuvo expectativas de triunfar, e igualmente ese año estalló la terrible crisis económica de la hiperinflación y el mandato de Raúl Alfonsín se vio terminado antes de tiempo. En 2001 la coalición de partidos que encabezó Fernando De la Rúa se propuso como nunca antes aplicar el programa empresarial de derecha que Di Tella propone, sin poder de todos modos evitar los estallidos populares que terminaron con su mandato y una explosión económica furibunda. Incluso cuando el poder empresarial más concentrado logró cristalizarse en el partido político de Mauricio Macri, si bien este gobierno logró concluir sin grandes explosiones sociales, la inestabilidad económica fue también la regla recurrente. En suma, cons-

⁴ El texto de Di Tella tuvo como respuesta inmediata un artículo de Kvaternik (1972) y otro de Mora y Araujo (1972), ambos señalando varias debilidades. Aunque se pueden sentir efectos en textos tardíos como los de Cornblit (1975) y Smulovitz (1986). Un buen resumen y puesta al día sobre el debate despertado, los argumentos planteados y las críticas cruzadas entre autores a lo largo del tiempo se puede encontrar en Dawyd (2012).

truir partidos de derecha y representar al gran empresariado no bastó para evitar la inestabilidad recurrente.

Un cuarto enfoque a considerar, a mitad de camino entre las explicaciones revisadas, es el clásico ofrecido por Pierre Ostiguy (1997). En este caso, este autor sostendrá una polarización de valores como vimos antes, pero dicha confrontación estará representacionalmente dada en bases socioculturales entre “lo alto” y “lo bajo”, en las cuales el clivaje peronismo/antiperonismo devendrá central. En palabras del propio autor:

Sugiero que la mejor forma de visualizar y entender el mapa político de la Argentina es como un doble espectro político, constituido (formalmente por lo menos) por la intersección –o el desdoblamiento– del espectro tradicional izquierda-derecha por un clivaje socio-cultural transversal, entre lo alto y lo bajo. En la Argentina, la dimensión alto/bajo ha tenido una dimensión primaria de cultura popular (más crudo e informal) versus más culto, (mínimamente) “bien educado” y a menudo “libresco”. (Pierre Ostiguy, 1997, p. 139)

Para Ostiguy la mejor forma de traducir la dicotomización social y explicarla es remitirla a su raigambre sociocultural y especialmente a las formas en las que logra representarse, que implican dos formas contrapuestas de expresión. Por un lado, la del peronismo, en la cual “el núcleo de base social del partido es, fue y sigue estando sólidamente anclado en el tercio socialmente más bajo de la sociedad” (Pierre Ostiguy, 1997, p. 138). Por el otro, se encontrarían “las variedades más disímiles del anti-peronismo [que] tuvieron en común cierta propiedad ‘culta’ o por lo menos ‘libresca’, mientras el peronismo ha aprovechado siempre lo culturalmente popular y ha apelado sin reserva a ello” (p. 139). Buscando alejarse de las formas tradicionales de pensar las alianzas sociales en términos económicos, políticos o de clase, el planteo de Ostiguy se presenta como alternativa. Porque, para él:

el populismo es mejor definido, no por cierto tipo de políticas económicas, o aún, a priori, por determinadas ‘alianzas de clase’, sino más bien a como la activación política de lo que marca y demarca culturalmente, en un lugar concreto y geográficamente situado, las clases populares. (Pierre Ostiguy, 1997, p.139)

Una formulación de este tipo permite redefinir entonces los parámetros con los que clásicamente se pensaron los conflictos en el país, ofreciendo entonces una visión de base, en la cual la representación cultural deviene superadora a las previas:

Esta conceptualización del populismo, en gran medida socio-cultural, implica una comprensión de la política no solamente tratándose de la representación de los intereses, sino también del reconocimiento de actores sociales, de votantes que son social-culturalmente constituidos (por lo menos en la Argentina) en una fuerza política con que se identifican. (Pierre Ostiguy, 1997, p. 141)

Una lectura atenta al gallardo abordaje de Ostiguy no puede dejar de reconocerle sus méritos. Especialmente porque busca centrarse conceptualmente en elementos que suelen quedar de lado pero que son fundamentales: los conflictos sociales son llevados adelante por actores, los cuales deben estar constituidos e identificados – con una identidad propia–, y que es algo que solo las apelaciones culturales son capaces de producir. A la vez, piensa de manera interesante al peronismo en términos de su capacidad de interpelar a las clases populares en términos de referencias socio-simbólicas. Sin embargo, más allá de sus valiosos y novedosos aportes para entender los clivajes argentinos, existen muchos puntos que descuida. Uno de ellos es que, si bien su abordaje puede servir para entender cómo se pueden estructurar las representaciones y preferencias políticas, el clivaje planteado no es suficiente para entender los conflictos centrales del país: su formulación basada en la disputa por la representación sociocultural de las formas y modos entre “el arriba y el abajo” es difícil de aceptar como controversia central: ella no podría explicar la causa o el motor de los golpes de Estado, las revueltas populares, las crisis económicas, la hiperinflación de 1989 o la crisis de 2001. Además, si bien su tesis puede tener capacidad para entender cómo se expresaron ciertas disputas, no explica su origen, ya que el mismo parece ser el de siempre: el enfrentamiento entre las clases populares y las altas, aunque ahora por otros medios, esta vez socioculturales. Otro importante límite de este tipo de abordajes es su utilidad política para los tiempos en los que predominaron las dictaduras y golpes militares, pues allí, como dijimos, la representación sociocultural no pareció ser determinante ni, mucho menos, expresarse en términos de preferencias electorales ya que las op-

ciones democráticas estuvieron obturadas; en consecuencia, esto sería un problema difícil de articular. Por último, podríamos volver a señalar algo ya arriba planteado: el clivaje alto/bajo no es específico del caso argentino, sino que ha sido propuesto para entender los antagonismos en muchos países del mundo, por ello mismo tal vez falle donde más nos interesa, al mostrarse como un abordaje muy débil a la hora de explicar la dura inestabilidad nacional.

Todos estos puntos críticos nos sirven para ahondar en el quinto y último planteo a considerar. En este caso, nos puede servir el tomar como referencia el abordaje de Ezequiel Adamovsky (2009), que tal vez enhebre varios de los planteos previos y ofrezca novedades al respecto. Quizás la más importante se ligue a pensar la construcción de legitimidad social, su interpelación cultural y su articulación con los actores en la batalla política en función de la “clase media”. En efecto, Adamovsky comienza su planteo con dos observaciones que disparan todo su abordaje. El primero es una evidencia muy arraigada en nuestra cultura para justificar su investigación:

se trata no sólo de la clase media, sino de una identidad que se confunde con la de la nación toda. Argentina ha aprendido a pensarse como un país “de clase media” y, por ello, diferente de otros países latinoamericanos. (2009, p. 9)

La segunda es que, si hablar de la clase media es tan importante, la pregunta es por qué no hay investigaciones históricas sobre ello: existen libros sobre la historia de la clase obrera, la de los ganaderos, sobre las elites, los industriales, pero no específicamente sobre la clase media. Su investigación nota que en muchas partes del mundo la *idea* de clase media surgió como una suerte de elemento moderador entre extremos e incluso como un amortiguador de los conflictos entre ricos y pobres. En Argentina, esas ideas pudieron existir, no obstante, hasta mediados del siglo XX, lo notable es que no existió una *identidad* de clase media que interpelase o buscarse construir un sujeto:

No hay indicio de ello en los numerosos textos de la Reforma Universitaria y la UCR –que se supone canalizó una clase media en ascenso– sólo muy tardía y marginalmente se preocuparon por esa clase. La persistencia de una imagen binaria de la

sociedad, la notable ausencia de referencias a la “clase media” en las principales obras sociológicas hasta principios de la década de 1940, la relativa “extrañeza” que se nota en los diarios cuando tienen que usar esa expresión y la evidencia de usos anacrónicos y contradictorios: todo parecería indicar que, si es que existía, la clase media no tenía la visibilidad que tiene hoy [...]. Los indicios que acabamos de ver sugieren que antes de 1940 tal identidad debe haber estado débilmente arraigada en la sociedad argentina. (Adamovsky, 2009, p. 27)

La investigación histórica revelaría entonces el quiebre que operó en nuestro país después de la Segunda Guerra Mundial. Porque fue

a partir de 1946 que la división se hizo explícita de una manera que colocó a la mitad “decente” en un lugar incómodo. Ya que el peronismo reclamaba ser él mismo el representante del pueblo, y ya que el escrutinio había demostrado que tenía motivos para tal pretensión, la Argentina “cultura” ya no podía seguir actuando (como lo había hecho por décadas) como si fuera ella misma la encarnación de toda la nación. (Adamovsky, 2009, p. 282)

Fue de esta manera que

la identidad “de clase media” surgió ligada a la reacción contra el peronismo. Fue en este sentido una identidad social con un fuerte contenido político. Pero para que esta reacción llegara a identificarse como “de clase media”, primero tenía que dejar de asumirse como una reacción del pueblo todo: tenía que aceptar de algún modo el hecho de que no era toda la nación argentina. (Adamovsky, 2009, p. 281)

Como vemos, el argumento es interesante: ya que el peronismo pasó a representar de manera total la identidad popular y de las clases trabajadoras, legítimamente podía aspirar entonces a representar a toda la nación ya que el pueblo se identificaba con él.

En este escenario, si el antiperonismo quería desplazar a Perón del poder, tenía que lograr de alguna manera restarle apoyos. Si entre los pobres y los trabajadores manuales eso resultaba difícil, al menos tendría que lograr que los empleados “de

cuello blanco” y en general las personas de sectores medios que lo votaban dejaron de hacerlo. (Adamovsky, 2009, p. 290)

En consecuencia, “lo particular del caso argentino es que la identidad de clase media adquirió un contenido ‘racial’ y político muy preciso que la enfrentaba seriamente con los más pobres” (Adamovsky, 2009, p. 376). El planteo ofrece la posibilidad de pensar la construcción de un nuevo actor, que pasó de ser una idea etérea a una identidad bastante precisa, y convirtió a la “clase media” en un artefacto cultural con una clara impronta política. A partir de allí se podría quebrar la identificación del peronismo con “todo” el pueblo y asignarle a dicha identidad características y legitimidades alternativas al de las clases asalariadas: promover la idea de que el progreso social podría ir por fuera de los convenios colectivos que los sindicatos llevaban adelante, quitar al Estado como garante de las mejoras salariales y alentar la cultura individualista, liberal y “meritocrática”. Con ello, varios gobiernos, como el de Arturo Frondizi e incluso regímenes militares, o partidos políticos –como el radicalismo– podrían tener un actor al cual apelar que impidiera que el peronismo se adueñara del mundo político por fuera de la elite tradicional, y ofrecer un dique de contención o expresiones simbólicas en contraposición. El esquema latente permitiría pensar, por ejemplo, que si bien el peronismo representaba a las clases populares y trabajadoras, la UCR lo hacía con “la clase media”. En conclusión, este tipo de abordaje otorgaría la posibilidad de organizar los clivajes sociales y políticos de otra forma, deconstruyendo los antagonismos y sujetos bajo premisas culturales.

La riqueza y las posibilidades que abren las hipótesis de Adamovsky son muchas y sin dudas su propuesta conceptual habilita nuevas formas de entrelazar la cultura, la política y los enfrentamientos con potentes herramientas. Empero, existen algunos problemas que no deberíamos dejar de lado. El primero es que la elaboración del conflicto cultural a partir de nuevas identidades, hasta cierto punto, no deja de remitir a esquemas tradicionales: la constitución de la identidad de clase media no sería más que otra herramienta por parte de las clases altas para doblegar a los sectores populares y obreros. Una suerte de vuelta al tradicional esquema peronismo/antiperonismo, pero en su expresión cultural en la representación de una nueva identidad. Además, este tipo de hipótesis se sostiene en el filo, a veces con-

tradictorio, entre la “construcción” de las identidades sociales vía interpelación versus las nociones que sugieren que los artefactos culturales expresan conflictos previos, en los cuales las clases sociales fundamentales no pueden ser excluidas. Por último, debemos decir que si bien el lente que ofrece Adamovsky es sin duda rico termina por resultar a veces acotado en función de nuestro recorrido: seguir la deriva de la clase media como instrumento de dominio y conflicto social es sin duda interesante, pero parece estar lejos de volverse el clivaje central de los antagonismos y mucho menos un factor explicativo de la constante inestabilidad argentina.

Conclusión: La sociedad dividida y sus formas

Argentina más que un país es un problema.
Ezequiel Martínez Estrada

A lo largo de este artículo intentamos repasar críticamente los distintos abordajes e interpretaciones para pensar la recurrente inestabilidad argentina. En él ahondamos en las visiones centradas en los desbalances económicos, en las que focalizan en los conflictos sociopolíticos, y en aquellas que priorizan las disputas representacionales y socioculturales. Este recorrido sin duda buscó ofrecer varias marcas y características de la sociedad argentina, los cuales permiten pensar su fuerte inestabilidad. Las claves explicativas analizadas muchas veces, lejos de enfrentarse, permiten tener vasos comunicantes para complementarse y enriquecer nuestra manera de pensar las tribulaciones nacionales. Además, nos enfrentan al problema de considerar la larga permanencia de la inestabilidad aun en épocas tan dispares, pues ella existió a pesar de los grandes cambios políticos –se dio tanto en épocas de recurrentes intervenciones militares (1930-1990) como en tiempos posteriores (1990-2020)–, de los fuertes quiebres económicos –existió durante la era del industrialismo (1930-1975) y en la era de la valorización financiera (1975-2020)–, y de la oposición institucional –ocurrió tanto en tiempos democráticos (1983-2020) como no democráticos (1930-1983)–, lo que la vuelve una constante difícil de conceptualizar bajo un solo esquema o causa única.

En este sentido, según vimos, las causas han sido de todo tipo. En el terreno económico se apeló a la restricción externa y la estructura productiva desequilibrada, propia de los ciclos de *stop and go*, y a las disputas entre las facciones del capital como al conflicto distributivo estructural. En el terreno sociopolítico los clivajes tomaron otros caminos: ellos fueron desde el “empate hegemónico”, los ciclos y tipos de alianzas sociales, la falta de representación de la elite y el militarismo, hasta a los modos en que el poder económico se beneficia con las crisis económicas y la inestabilidad. Por último, el abordaje de las disputas representacionales y socioculturales se enmarcaron en pautas ligadas a la polarización social, el peronismo, la falta de la existencia de un partido político de derecha, el antagonismo entre lo alto y lo bajo, y la construcción de las identidades.

Los distintos abordajes que se intentaron sintetizar, sin dudas, tienen superficies de contacto entre sí, por lo que muchas veces las suposiciones y premisas de muchos de ellos no se encuentran muy lejos y el diálogo es sumamente útil. Aunque tampoco es posible subestimar sus diferencias, ya que ellas, igualmente, son muy importantes: los ejes analíticos se fueron deslizando en matrices conceptuales muy heterogéneas, incluso desentendiéndose totalmente de algunos de los aspectos centrales de varios de los planteos repasados, lo que nos fuerza a pensar cómo poder integrarlos a todos ellos, ya que la validez de sus premisas no es algo que podamos ignorar. Además, la posibilidad de que la revisión de las explicaciones haya contado con un sopesamiento crítico para cada caso que permitiera señalar algunos de sus puntos ciegos creemos que también suma herramientas en el balance que buscamos realizar, para escudriñar mejor dichos abordajes, destacando tanto sus aciertos como algunas de sus debilidades.

Con todo, una mirada retrospectiva de todos los puntos y problemas que los distintos enfoques brindaron nos permite, a su vez, iluminar de mejor manera la gran cantidad de factores que se conjugan a la hora de explicar la alta inestabilidad del país. Esto último no es trivial, sino tal vez el punto central que buscó problematizar este escrito, ya que partió de la pregunta sobre cómo y por qué nuestro país resultaba tan inestable y qué fuerzas eran sus causas responsables. De esta manera, el debate colectivo sobre este tema quizás pueda agregar nueva luz sobre los nudos que nos entrelazan y mantienen en un desorden permanente y así, con

mayores niveles de conciencia sobre el tema y un arsenal heurístico más amplio, tal vez algún día logremos desatarlos.

Bibliografía

- Abeles, M., Lavarello, P., y Montagu, H. (2013). Heterogeneidad estructural y restricción externa en la economía argentina. En R. Infante y P. Gerstenfeld (Eds.), *Hacia un desarrollo inclusivo. El caso de la Argentina*. Santiago de Chile: CEPAL/OIT.
- Adamovsky, E. (2009). *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Buenos Aires: Planeta.
- Amico, F. (2011). Notas sobre la Industrialización por Sustitución de Importaciones en Argentina: Buscando adentro la fuente de la competitividad externa. *H-Industri@*, 5(9).
- Asiain, A., y Gaite, P. (2018). Una interpretación de las diversas visiones sobre la restricción externa. *CEC*, 5(9), 127-155.
- Basualdo, E. (2006). *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Braun, O., y Joy, L. (1981). Un modelo de estancamiento económico - Estudio de caso sobre la economía argentina. *Desarrollo Económico*, 20(80), 585-604.
- Canitrot, A. (1975). La experiencia populista de redistribución de ingresos. *Desarrollo Económico*, (59), 331-351.
- Cooke, J. (1973). *Peronismo y revolución. El peronismo y el golpe de Estado. Informe a las bases*. Buenos Aires: Granica.
- Cornblit, O. (1975). La opción conservadora en la política argentina. *Desarrollo Económico*, 14(56).
- Dawyd, D. (2012). El “juego imposible” de la Argentina postperonista. El debate en torno de la inestabilidad democrática y sus aportes al desarrollo de la Ciencia Política Argentina. *STUDIA POLITICÆ*, (26), 73-98.

- Di Matteo, L. (2011). *El corralito. Así se gestó la mayor estafa de la historia argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Di Tella, T. S. (1972). La búsqueda de la fórmula política argentina. *Desarrollo Económico*, 11(42/44).
- Diamand, M. (1972). La estructura productiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio. *Desarrollo Económico*, 12(45), 1-23.
- Diamand, M. (1973). *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Diamand, M. (1985). El péndulo argentino: ¿hasta cuándo?. *Cuadernos del Centro de Estudios de la Realidad Económica*, 1, 1-39.
- Eshag, E., y Thorp, R. (1969). Las políticas económicas ortodoxas de Perón a Guido (1953-1963). Consecuencias económicas y sociales. En AA. VV. (Ed.), *Los planes de estabilización en la Argentina* (pp. 64-132). Buenos Aires: Paidós.
- Fiszbein, M. (2015). La economía del *Stop and go*: Las ideas estructuralistas en Argentina, 1945-1976. *Desarrollo Económico*, 55(216), 187-210.
- Flichman, G. (1977). *La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Forster, R. (2013). *La anomalía kirchnerista. La política, el conflicto y la invención democrática*. Buenos Aires: Planeta.
- Galasso, N. (2011). *De Perón a Kirchner. Apuntes sobre la historia del peronismo*. Buenos Aires: Punto de Encuentro.
- Gerchunoff, P., Rapetti, M., y De León, G. (2020). La paradoja populista. *Desarrollo Económico*, 59(299), 299-328.
- Gerchunoff, P. y Rapetti, M. (2016). La economía argentina y su conflicto distributivo estructural (1930-2015). *El trimestre económico*, (330), 225-272.
- González, H. (1999). *Restos pampeanos: ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.

- Halperin Donghi, T. (2006). *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires: Ariel.
- Iglesias, F. (2019). *Es el peronismo, estúpido. Cuando, cómo y por qué se jodió la Argentina*. Buenos Aires: Margen Izquierdo.
- Kvaternik, E. (1972). ¿Formula o formulas? Algo más sobre nuestro sistema de partidos. *Desarrollo Económico*, 12(47).
- Mora y Araujo, M. (1972). Comentarios sobre la búsqueda de la fórmula política argentina. *Desarrollo Económico*, 12(47).
- O'Donnell, G. (1996). *El Estado Burocrático Autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- O'Donnell, G. (2011). *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- O'Donnell, G. (1977). Estado y alianzas en la política argentina. *Desarrollo Económico*, (64).
- O'Donnell, G. (1984). *¿Y a mí, que me importa? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil*. (Working Paper 9). Notre Dame: Universidad de Notre Dame, Helen Kellogg Institute for International Studies.
- Ostiguy, P. (1997). Peronismo y antiperonismo: Bases socioculturales de la identidad política en la Argentina. *Revista de Ciencias Sociales*, (6), 133-215.
- Palermo, V., y Novaro, M. (1996). *Política y poder en el gobierno de Menem*. Buenos Aires: Grupo Norma.
- Peña, M. (1986). *Industrialización y clases sociales en la Argentina*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Portantiero, J. C. (1973). Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual. En O. Braun (Comp.), *El capitalismo argentino en crisis*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Portantiero, J. C. (1977). Economía y política en la crisis argentina. *Revista Mexicana de Sociología*, (2).
- Prebisch, R. (1949). El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas. Santiago de Chile: CEPAL.

- Rouquié, A. (1978). *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé.
- Rouquié, A. (1984). *El Estado militar en América Latina*. Buenos Aires: Emecé.
- Santarcángelo, J., y Perrone, G. (2018). Restricción externa y la sustitución de importaciones en Argentina: Análisis de la historia reciente. *Ensayos de Economía*, (52).
- Scheintgart, D. (2016). La restricción externa en el largo plazo: Argentina, 1960-2013. *Revista Argentina de Economía Internacional*, (5).
- Smulovitz, C. (1986). El sistema de partidos en la Argentina: Modelo para armar. *Desarrollo Económico*, 26(101).
- Svampa, M. (1994). *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- Tereschuk, N. (2018). *La calesita argentina. La repetición de los ciclos políticos, de la lectura de Platón a los discursos de Macri*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Villanueva, D., y Aguerre, T. (2020). La polarización después de la grieta. *Revista Anfibia*.
- Villanueva, J. (1964). Problemas de Industrialización con Restricciones en el Sector Externo. *Desarrollo Económico*, 4(14-15).
- Villanueva, J. (1972). El origen de la industrialización argentina. *Desarrollo Económico*, 12(47).
- Vommaro, G. (2019). Estado y alianzas... cuarenta años después. Elementos para pensar el giro a la derecha en Argentina. *Revista de Ciencias Sociales*, 32(44), 43-60.
- Zicari, J. (2020). *Crisis económicas argentinas. De Mitre a Macri*. Buenos Aires: Peña Lillo-Ediciones Continente.